

El nacionalismo vasco radical como religión sustitutoria

Alfredo Tamayo Ayestarán, SJ

Doctor en Filosofía y Teología

Recibido: 20 enero 2013

Aceptado: 7 mayo 2013

RESUMEN: Los efectos y consecuencias del nacionalismo radical vasco vividos como religión sustitutoria van más allá de su significación religiosa. Amén de dar a luz nuevos rituales y cosmovisiones, sus herederos políticos están alcanzando cuotas de poder en las que la magnanimidad no forma parte de esta religión sustitutoria en la práctica.

PALABRAS CLAVE: ETA, violencia, religión sustitutoria, rituales, poder político, País Vasco.

Basque radical nationalism as a substitute religion

ABSTRACT: The effects and consequences of Basque radical nationalism seen as a substitute religion go beyond its religious significance. In addition to new rituals and worldviews its political successors are achieving levels of power in which magnanimity is not in practice part of this substitute religion.

KEYWORDS: ETA, violence, substitute religion, rituals, political power, Basque Country.

1. La cuestión de un fenómeno persistente

La presencia en el tiempo de un fenómeno social como el nacionalismo vasco en su versión más radical no deja de producir extrañeza. También a los que vivimos aquí en el País Vasco y no nos sentimos nacionalistas. Son aún muchos los miles de ciudadanos vascos que persisten en su actitud de negarse a condenar la historia cri-

minal de ETA a lo largo de estos cuarenta últimos años. Y son aún muchos más los miles de vascos que aun disconformes con la violencia de la banda terrorista han adoptado una postura de inhibición frente a ella, dicho en lenguaje coloquial, han preferido «mirar para otro lado». Tampoco la Iglesia en nuestro país se ha caracterizado durante estos años de plomo por su proximidad a las víctimas de este nacionalismo de corte tota-

litario. Qué es lo que puede haber en el fondo de esta postura frente a la historia de terror de la banda es lo que trata de dilucidar este artículo.

2. Aclaración de significados

Comenzando por la palabra nacionalismo se puede decir que alude a cierta hipertrofia del sentimiento de pertenencia a un colectivo que tendría en común una lengua o una raza o una historia, según el caso. Existe un nacionalismo al que bien podríamos denominar *óntico* o esencialista en el cual la pertenencia al colectivo adquiere caracteres de trascendencia de orígenes o de destino. Fueron algunos autores alemanes del siglo XIX como Herder los que teorizaron sobre este nacionalismo. El nacional socialismo del III Reich, el fascismo italiano y el falangismo de Primo de Rivera y Ledesma Ramos encarnaron este tipo de nacionalismo. También en cierto modo el nacionalismo vasco de Sabino Arana fue portador de esta vena esencialista. Alexis de Tocqueville en referencia al jacobinismo francés habló de él como «de un nuevo género de religión, sin Dios, sin vida tras la muerte». Franz Werfel tituló tanto al nacionalismo de Adolfo Hitler como al comunismo estalinista de «sucedáneos de religión», de «for-

mas seculares de fe». Y es Rudolf Steiner el que acuña la denominación de «religiones de sustitución». Y lo son porque son portadores de elementos de la religión como son la creencia en absolutos, los códigos de conducta y los cultos rituales pero secularizados. Ernst Bloch habló con acierto de «un trascender sin trascendencia», en referencia al marxismo.

3. La sacralización de lo vasco

La elevación de lo vasco a la categoría trascendental se inicia en alguna forma en los siglos XVI y XVII con autores como Martínez de Zaldibia, Esteban de Garibay y el Licenciado Poza. La lengua vasca es mitificada haciéndola ascender hasta Tubal, nieto de Noé, que habría venido hasta los pies de los Pirineos. Hay que hacer incluso de la lengua vasca la lengua de Adán y Eva.

Fue el jesuita Lerchundi el que años más tarde creará lo que los alemanes denominan un *Geschichtsbild*, una imagen con connotaciones políticas del colectivo vasco al que adornará con cualidades de excelencia como el origen noble de pura sangre, la gloria de no haber sido nunca invadido o sojuzgado. Ya en el siglo XIX es Sabino Arana el que asume estos

El nacionalismo vasco radical como religión

elementos míticos de los orígenes vascos y se convierte en ideólogo y profeta de un nacionalismo vasco con visos de exaltación religiosa. Arana asume los elementos de la raza, de la sangre y de los orígenes como constituyentes de la singularidad vasca. A la vez insiste en un elemento muy típico de las religiones que es la existencia de un enemigo que está en el origen de que el colectivo vasco sufra la máxima mengua de sus capacidades raciales. Este enemigo es España. El victimismo que acompaña a la profesión nacionalista vasca hasta el día de hoy tendría aquí su origen. El pueblo vasco es todo lo contrario de ese colectivo *metecos/maketos* que contamina las esencias vascas. Es gente de rostro oscuro frente al blanco de los vascos, es perezoso y sin iniciativa frente al carácter laborioso y emprendedor de la raza vasca. Es curioso cómo esta sacralización de lo vasco coexiste en Sabino Arana con una profesión clara del catolicismo incluso de signo integrista. Tan sólo exige que la Iglesia católica vasca no esté en dependencia de Toledo, sino directamente de Roma.

Este conglomerado religioso católico racial del aranismo va a experimentar en los turbulentos años sesenta del siglo XX una modificación importante. El teórico de una

nueva forma de nacionalismo de signo religioso sustitutivo es un oscuro personaje llamado Federico Krutwig con un libro que lleva por título *Vasconia* que se va a convertir por un tiempo en el libro sagrado de un sector importante del ultranacionalismo vasco. Esta nueva forma de nacionalismo de corte también religioso se aparta resueltamente del catolicismo aranista y hace responsable a la Iglesia de la situación de opresión en que yace el pueblo vasco. Krutwig llama a recuperar la religión de los orígenes y dar culto a las figuras señeras de los antepasados, Aitor, Amaya, Amagoya, etc. Este intento de recuperación del culto de los orígenes se ve acompañado y discutido por planteamientos socialistas de corte marxista con las consiguientes escisiones en el que se llamaba el MLNV, es decir, el movimiento nacional de liberación vasco cuyo brazo armado asumió el nombre de ETA (Euskadi y Libertad).

La connotación de religión civil sustitutoria iniciada por Sabino Arana y continuada por Krutwig al margen de la adhesión o rechazo de la religión tradicional, al margen también del rechazo o aceptación de la violencia ha calado en la familia nacionalista vasca. Sin querer nos lleva este fenómeno sustitutorio a lo que sucedió en los

años treinta del pasado siglo con el nacional socialismo del III Reich. Éste resucitó, en clara maniobra de desvincularse de la religión cristiana los nombres del pasado mitológico aplicados a dioses y héroes. El nacionalismo vasco ha fomentado, tal como hemos dicho, los nombres mitológicos de Aitor y Amaya y dándoselos a los nuevos miembros de la familia. Asimismo en referencia al naturalismo ancestral les impone nombres como 'Aizea' (aire), 'Ibai' (río), 'Zuhaitz' (árbol), 'Odei' (nube), etc. Asimismo y en relación con las festividades ha tenido y tiene lugar la sustitución más o menos ideologizada de la fiesta de la Navidad y de la Epifanía o Reyes Magos por la del mítico Ölentzerö y la fiesta del domingo de Resurrección por el 'Aberrri eguna' o día de la patria vasca.

4. Los tres pilares de una religión de sustitución

Dejando a un lado manifestaciones más o menos marginales de la nueva religión nacionalista vasca como culto de sustitución, quiero insistir en aquello que constituye el triple basamento, según Friedrich Heiler, del fenómeno religioso. Está en primer lugar la constitución de un absoluto, después un código de conducta y, por fin, la organización de un culto. Este tri-

ple elemento es asumido también por las religiones civiles. Viniendo al nacionalismo vasco más o menos radical o totalitario constituido en religión sustitutiva, comencamos por señalar cómo en él lo vasco, el pueblo vasco es elevado a la categoría de *absoluto*, de algo que trasciende al individuo. Los caracteres raciales de ese pueblo deben mantenerse incontaminados. Su singularidad y libertad son algo sagrado. De aquí se deduce una norma de comportamiento, un paradigma de conducta para el ciudadano vasco: la devoción y la defensa de las esencias de ese pueblo. El modelo perfecto del vasco es el gudari, el militante capaz de arriesgar su hacienda y su propia vida en la defensa de la integridad del pueblo vasco. El tercer elemento de la fenomenología de esta religión civil, que es el culto, tiene su manifestación más genuina en los ritos que acompañan la muerte y despedida de un militante vasco caído en acción de guerra. En esto, como veremos, el nacionalismo vasco más extremo muestra una gran semejanza con los ritos funerarios tanto del III Reich como de Falange Española y su celebración del *Día de los Caídos*. Los medios de comunicación de los años ochenta en nuestro territorio han recogido la celebración de la muerte y despedida de algún militante etarra caído en

enfrentamiento con las fuerzas del orden. Seguramente estos ritos funerarios del nacionalismo vasco más radical muestran mejor que otras manifestaciones el carácter de religión de sustitución, de transferencia de sacralidades del nacionalismo vasco más radical. Analizando uno de estos ritos funerarios, observa Begoña Aretxaga: «Subyace, dice, a todo el rito una negación simbólica del militante caído, una afirmación de su continuidad en el alma inmortal del pueblo vasco. Además, la afirmación de que su muerte es una muerte sacrificial por la patria vasca. Los elementos simbólicos que constituyen el rito como son las rosas blancas y los claveles rojos, las ramas de sauce y las hojas de roble son expresión del sacrificio, la prueba de la verdad de su causa, la señal del camino a seguir». Con ocasión de la muerte de dos etarras, el diario *Egin* publicaba el 16 de febrero de 1984 una esquela con el siguiente añadido: «Nos habéis dejado claro el camino a seguir, el cómo lograr la paz. Es el arroyo de vuestra sangre el que señala el camino a la libertad».

Habría que añadir que esta fenomenología religiosa de despedida hoy no existe. No se dan casos de etarras caídos en enfrentamientos. Las fuerzas del orden velan para que no se den estos homenajes.

También añadiría que la fuerza interior religiosa o pseudoreligiosa que impulsaba aquellos funerales ha perdido vigor. También el fenómeno de la secularización afecta a estas religiones o sucedáneos de religiones. El homenaje a los etarras que han cumplido condena y regresan a sus lugares de origen serían hoy una forma menor de esta fenomenología de un nacionalismo con transferencia religiosa.

5. La religión del nacionalismo radical al poder

No creo que el cese de la actividad terrorista de la organización armada haya marcado en realidad el final de un tiempo y el comienzo de otro nuevo, como pretende el brazo político de la banda. Los malabarismos lingüísticos en que es maestro el nacionalismo de corte totalitario como «final del conflicto», «tiempos nuevos», «futuro sin vencedores y vencidos» hagan justicia a la verdad. Pienso que más bien es el brazo político de ETA el que ha salido victorioso. Pensemos en que no ha sido nunca la finalidad última de la organización armada la instauración de un régimen de terror, sino ante todo y sobre todo la conquista del poder político. Los crímenes, las extorsiones, la constricción al exilio eran tan sólo medios, táctica

para esta conquista. Tras el error de la legalización del brazo político etarra sin haberle exigido previamente la condena clara de los cuarenta años de terror al que sometió a un régimen democrático, tras las últimas elecciones los amigos y colaboradores de la banda detentan el poder en ayuntamientos del País Vasco, en sus diputaciones y juntas generales y asimismo han llegado a obtener escaños en el Senado y en el Congreso de los Diputados. Disponen ahora de cuotas serias de poder, de información y de dinero público. «Nunca se me va a pasar por la cabeza pedir a ETA la disolución, ha dicho en abril de 2012 un miembro de *Amaiur*», elegido para el Congreso. Asimismo otro diputado electo perteneciente a la misma facción se ha negado expresamente en el mes de julio último a condenar uno de los asesinatos más crueles y sanguinarios de la banda, el del joven concejal del Partido Popular del ayuntamiento de la villa de Ermua en Vizcaya, Miguel Ángel Blanco, asesinato que provocó entonces un auténtico levantamiento popular de repulsa. El que es en este momento Diputado general por Guipúzcoa, de apellido Garitano, siendo redactor jefe del diario *Egin* y subdirector de otro diario nacionalista radical por nombre *Gara*, publicó en portada a raíz de la liberación por la

Guardia Civil de José Antonio Ortega Lara de su auténtica sepultura durante año y medio en la villa de Mondragón el siguiente encabezamiento: «Ortega, vuelve a la cárcel». Para la hoy portavoz del grupo nacionalista radical en el Parlamento Vasco, Laura Mintegi, los presos etarras «están en la cárcel por delitos de opinión, son presos de conciencia, cosa inaudita en la Europa democrática».

Naturalmente son las víctimas de los largos años de terror de ETA, las que lloran la muerte injusta de los suyos, los que han padecido la extorsión pecuniaria, los amenazados de muerte y constreñidos a exiliarse, los que experimentan en estos momentos una amarga decepción al ver instalados en el poder municipal, provincial e incluso estatal a los que fueron amigos y colaboradores de los mensajeros del odio y de la barbarie. Es grave motivo de inquietud para ellos y para todos aquellos que queremos seguir a su lado, este intento que presenciamos por parte del nacionalismo vasco totalitario de reescribir la historia de ETA, de desnaturalizar la memoria de cuarenta años de degradación moral, de legitimar la existencia y trayectoria violenta de la organización terrorista haciendo uso, como dijimos, de toda clase de malabarismos lingüísticos.

El nacionalismo vasco radical como religión

Esta maniobra tan perversa cuenta hoy por desgracia con miles de adeptos en el seno del conglomerado del nacionalismo vasco convertido en religión civil. También de ciudadanos incautos. El oportunismo político no ve con disgusto la maniobra. La reacción se impone. No es tolerable que el nacionalismo radical consiga sin matar lo que no consiguió matando. Se impone para todo ciudadano honesto dentro y fuera del País Vasco una defensa, firme y contundente de la memoria, de la verdad y de la justicia. Negarse a este intento de blanqueo de una historia muy negra y así hacer justicia al derecho a la verdad de las nuevas generaciones.

Creo que el futuro democrático y la convivencia en paz de nuestro País Vasco dependen en gran parte de los que han llevado a cabo una larga historia de crimen y de violencia, los que han colaborado

con ellos, los que se han inhibido y mirado para otro lado confiesen arrepentidos su inhumano proceder y pidan perdón por ello. Mientras los reos de muchos crímenes sean recibidos en sus lugares de origen tras ser excarcelados y haber cumplido condena como si se tratara de héroes, poco podemos esperar al respecto. El conocido pensador y psiquiatra alemán Kart Jaspers escribió unas palabras muy acertadas a propósito del veredicto que pronunció el Tribunal Internacional de Nüremberg sobre los crímenes y criminales del III Reich. Son éstas: «El delito del régimen nacional socialista no fue solo *legal*. Fue también *moral*. Entendió el tribunal que el futuro democrático de Alemania dependía de que se reconociera un delito moral que no se dilucida en los tribunales. Porque lo decisivo no era el conculcar la ley, sino el atentar contra la humanidad de la persona asesinada». ■